

CULTURA A mediados del siglo XVII, el matemático Andreas Cellarius dibujó con maestría insuperable mapas del Universo conocido por entonces. Sus láminas –una belleza única– formaron el atlas celestial más hermoso que haya podido imaginarse.

ilustraciones Taschen

Entre el cielo y la Tierra



Andreas Cellarius (1596-1665) tuvo, como otros grandes hombres de la Antigüedad, suerte para la desgracia (o la desgracia de caer al mundo en el lugar equivocado en el peor momento). Nacido en Neuhausen, Alemania, y educado en Heidelberg siguiendo los férreos mandatos protestantes, tuvo que dejar la ciudad de las ciencias allá por el 1620, cuando una de las tantas escaramuzas de la Guerra de los Treinta Años la puso en manos católicas. Para 1625, el hombre—que había dejado trun-

cos sus estudios de Matemáticas y archivado una vieja pasión por el dibujo—daba con sus huesos en Amsterdam. En los Países Bajos, sin embargo, su suerte cambió y encontró algo de paz. Allí se casó con Catharina Eltmans, se hizo maestro de latín—lo que le daría de comer hasta el último de sus días—y pudo comprarse una modesta casita en Hoorn, donde le dio aire a sus pasiones reprimidas: el dibujo y la astronomía (que por esos años estaba dejando de ser una superchería total gracias a las ideas de astrónomos revolucionarios)...

(Continúa en página 52).

En la página 47: la visión que se tenía de las estrellas visibles desde el hemisferio sur en la Antigüedad. Como puede observarse, la lectura de los signos del Zodíaco tenía preeminencia en la 'Harmonía Macrocosmica' de Andreas Cellarius.

Arriba: el planisferio diseñado siguiendo a Claudio Ptolomeo, un griego que vivió en Alejandría en el siglo II. Según su mecánica celeste, la Tierra estaba fija en un plano, y alrededor de ella giraban los cuerpos celestes.

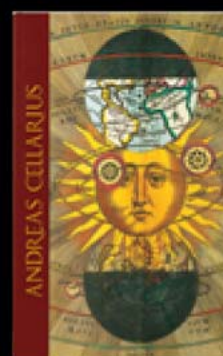


Quiso el destino que Cellarius no malgastara su trazo maestro en retratos, sino en la concreción de una rareza: atlas celestes. Cartógrafo improvisado, el hombre supo leer con buen tino los trabajos del griego Claudio Ptolomeo, el polaco Nicolás Copérnico y el danés Tycho Brahe. De a poco, con la paciencia de una araña, fue representando con colores fuertes e imágenes sugerentes los sistemas concebidos por esas tres glorias de la astronomía.

Luego, tuvo su mayor gran golpe de suerte: conoció a Johannes Janssonius, quien vería en las 29 láminas un tesoro y se convertiría en

su editor. Publicados por primera vez en 1660, los mapas de Cellarius —ribeteados con un dorado suntuoso, detallistas hasta lo imposible— conforman el atlas celestial más bello de la historia. Bautizada como *Harmonia Macrocosmica*, esta obra maestra —que acaba de ser reeditada en una edición de lujo— fue por un par de siglos la obra capital de la cartografía del cielo (si no la más precisa, siempre la más bella, y por varios cuerpos).

Poco importan sus errores si hoy, como ayer, sigue obrando el milagro: uno, encandilado por Cellarius, vuelve la vista al cielo. ■



Arriba: toda la grandiosidad del artista en una representación de las constelaciones que son visibles en el hemisferio boreal. Izquierda: la portada de 'El cielo divino', flamante reedición de la obra cumbre del cartógrafo.